

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Discurso

XII JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2008

# XII Jornada Mundial de la Vida Consagrada 2008

2 de febrero de 2008

---

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho encontrarme con vosotros con ocasión de la Jornada de la Vida Consagrada, cita tradicional que se hace aún más significativa por el contexto litúrgico de la fiesta de la Presentación del Señor. Expreso mi agradecimiento al señor cardenal Franc Rodé, que ha celebrado la eucaristía para vosotros, así como al secretario y a los demás colaboradores de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Con gran afecto saludo a los superiores generales presentes y a todos vosotros, que formáis esta singular asamblea, expresión de la multiforme riqueza de la vida consagrada en la Iglesia.

Al narrar la presentación de Jesús en el templo, el evangelista san Lucas subraya tres veces que María y José actuaron según «*la ley del Señor*» (cf. Lc 2,22-23.39) y, por lo demás, siempre estaban atentos para escuchar la Palabra de Dios. Esta actitud constituye un ejemplo elocuente para vosotros, religiosos y religiosas; y para vosotros, miembros de los institutos seculares y de las otras formas de vida consagrada.

A la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia se dedicará la próxima Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Os pido, queridos hermanos y hermanas, que hagáis vuestra contribución a este compromiso de la Iglesia en la misión de la misericordia y la reconciliación. Dedicad la vida consagrada a la misericordia y la reconciliación.

Por tanto, en el transcurso de los siglos, seguir a Cristo sin componendas, tal como se propone en el Evangelio, ha constituido la norma última y suprema de la vida religiosa (cf. *Perfectae caritatis*, 2). San Benito, en su Regla, remite a la Escritura como «norma rectísima para la vida del hombre» (n. 73, 2-5). Santo Domingo «por doquier se manifestaba como un hombre evangélico, en sus palabras y en sus obras» (*Libellus*, 104: en P. Lippini, *San Domenico visto dai suoi contemporanei*, ed. Studio Dom., Bolonia 1982, p. 110) y así quería que fueran también sus frailes predicadores, «hombres evangélicos» (Primeras Constituciones o *Consuetudines*, 31). Santa Clara de Asís pone fuertemente de relieve la experiencia de san Francisco: «La forma de vida de la Orden de las Hermanas pobres —escribe— es esta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (Regla I, 1-2: FF 2750). San Vicente Pallotti afirma: «La regla fundamental de nuestra pequeña Congregación es la vida de nuestro Señor Jesucristo para imitarla con toda la perfección posible» (cf. Obras completas II, 541-546; VIII, 63, 67, 253, 254, 466). Y san Luis Orione escribe: «Nuestra primera Regla y vida ha de consistir en observar, con gran humildad, y con amor dulcísimo y ardiente a Dios, el santo Evangelio» (*Lettere di don Orione*, Roma 1969, vol. II, p. 278).

Esta riquísima tradición atestigua que la vida consagrada está «profundamente enraizada en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor» (*Vita consecrata*, 1) y se presenta «como un árbol lleno de ramas, que hunde sus raíces en el Evangelio y da frutos copiosos en cada época de la Iglesia» (ibíd., 5). Tiene la misión de recordar que todos los cristianos han sido convocados por la Palabra para vivir de la Palabra y permanecer bajo su autoridad.

Por tanto, corresponde en particular a los religiosos y a las religiosas «mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio» (ibíd., 33). Al hacerlo, su testimonio da a la Iglesia «un precioso impulso hacia una mayor coherencia evangélica» (ibíd., 3); más aún, podríamos decir que es una «elocuente, aunque con frecuencia silenciosa, predicación del Evangelio» (ibíd., 25). Por eso, en mis dos encíclicas, al igual que en otras ocasiones, no he dejado de señalar el ejemplo de santos y beatos pertenecientes a institutos de vida consagrada.

Queridos hermanos y hermanas, alimentad vuestra jornada con la oración, la meditación y la escucha de la Palabra de Dios. Vosotros, que tenéis familiaridad con la antigua práctica de la *lectio divina*, ayudad